

EL SEMANARIO CATÓLICO.

REVISTA RELIGIOSA, CIENTÍFICA Y LITERARIA.

Núm. 125.

Alicante 12 de Abril de 1873.

Año IV.

LA RESURRECCION.

Jesucristo resucitó. Hé aquí todo el fundamento de nuestra Religión y de nuestras esperanzas. Sin este triunfo del Salvador sería vana nuestra fé, en espresion del Apóstol de las gentes. Por esto quiso el Señor marcarle con tales caracteres de evidencia y de verdad, que no pudiese resistirlos la incredulidad mas obstinada.

Jesucristo se levanta del sepulcro lleno de gloria y de magestad. Conserva aun en su cuerpo resplandeciente las señales de sus llagas, como prendas eternas de nuestra redención, y clamores continuos al Dios de piedad y de misericordia en favor del hombre.

En vano la pérfida y desesperada Sinagoga oye temblando el anuncio de los soldados, que su obstinacion impía hizo poner para guardar el sepulcro. ¿Qué haremos? Se preguntan entre sí. ¿Cómo combatiremos la realidad de un hecho, que descubre la vileza de nuestras maquinaciones? ¡Hombres infames! Todavía es tiempo. Temed al Hijo de Dios resucitado: reconocedle;

vuestro último recurso es su misericordia. Confesad vuestro crimen; sed los primeros, los mas dichosos, redimidos con el precio de su divina sangre, de esa sangre misma que acabais de derramar, y que clamará tambien para vosotros ¡misericordia!

Pero no; léjos está de la terquedad del orgullo el sincero reconocimiento del error. ¿Qué hará, pues, el Consejo de los judíos? Acostumbrado á los atentados mas viles; despues de haber corrompido con dinero la fidelidad de un discípulo, no temerá el emplear tan detestable artificio para corromper el testimonio de los que custodiaban el sepulcro. Resolucion tan abominable pasa por unanimidad de votos y sin la menor oposicion.

Repártese una cuantiosa suma entre los testigos oculares del triunfo del Salvador, y se les encarga; «Decid que sus discípulos vinieron por la noche, y que mientras estabais sumidos en el sueño robaron el cuerpo de Jesus:» se les promete, además, la impunidad de parte del Gobernador romano.

«Pusieron soldados para guardar el sepulcro, dice San Agustin

(trat. sobre el salmo 63.) Se conmovió la tierra, y resucitó el Señor. Hubo tales milagros junto al sepulcro, que hasta los mismos soldados que habian ido á guardarlo servirian de testigos, si hubieran querido confesar la verdad. Pero aquella avaricia que cautivó al discípulo compañero de Cristo, cautivó tambien á los soldados que guardaban el sepulcro. Os damos dinero, les dijeron, y decid que estando vosotros durmiendo vinieron sus discípulos y se lo llevaron.»

«Verdaderamente se perdieron con tanto discurrir. ¿Qué es lo que has hecho, miserable astucia? ¿Así abandonas las luces del consejo de piedad, y te sumerges en un abismo de maligna sagacidad, para que te atrevas á decir, publicad que estando vosotros durmiendo vinieron sus discípulos y se lo llevaron? ¿Citas testigos que estaban durmiendo? Tú sí que en verdad dormías, cuando con tanto discurrir descubriste tu perversa intencion.»

Aquellos soldados venden su honor, su deber y su fidelidad al precio vil de la corrupcion. Espárcese esta impostura por toda la ciudad: el pueblo crédulo é ignorante admite sin resistencia esta patraña, y devora el absurdo de un robo tan difícil y escabroso, cometido á merced del sueño de una escolta numerosa, y puesta, además, al intento de evitarlo.

— Y ¿por qué no se persiguen esos

débiles custodios que han faltado á su deber? ¿Cómo no se prende á los discípulos raptos? ¡Qué! ¿Unos extranjeros, galileos, discípulos de un seductor, habrán osado á las puertas mismas de Jerusalem violar los sellos públicos y llevarse un cadáver, del cual dependia la integridad de la fé y el mayor interés de la Religion?

Y despues de tan horrendo sacrilegio los perpetradores no han huido, están tranquilos, sin temor, sin alarmas, sin persecucion, y un tal atentado queda impune, sin que se haga la menor pesquisa por hallar al culpado. ¿Cómo no se reclama el cuerpo robado? ¿Cómo no buscarlo, ni arrestar siquiera á los que la voz pública y la deposicion de testigos oculares señala por reos? ¿Cómo unos hombres tan sanguinarios, tan interesados en la perdicion de Jesús y de su doctrina, permanecen ahora apáticos, indolentes? Si hubiese sido verdad el hecho que se supone, ¿hubieran existido bastantes cruces y suplicios para los autores de semejante atentado? Ah! la iniquidad se desmiente á sí misma, y la verdad descuella por todas partes.

Así vemos que por en medio de tantas imposturas y contradicciones, y á pesar de ellas, descuella y aparece como consecuencia la verdad de la Resurreccion de Jesucristo, verdad que no han podido racionalmente negar los mas encarnizados enemigos de la Religion del Crucificado.

Esta Resurreccion es la prueba mas patente é irrefragable de la verdad de la Religion cristiana, es el fundamento indestructible de nuestra fé, y es el misterio del triunfo para Jesucristo y para sus hijos redimidos con su propia sangre.

Celebremos, pues, con sincero júbilo y cristiana alegría *este dia grande que hizo el Señor*. Este es el dia de gloria para su Esposa mística, la Iglesia nuestra madre que, depuestas ya las señales de luto y de amargura, ostenta las vestiduras de gala, reúne sus hijos á su rededor, les enjuga las lágrimas, y llena de un santo gozo entona el inmortal ALELUYA, ALELUYA, ALELUYA.

Reconozcamos en la Resurreccion de Jesús la resurreccion de nuestras almas á la vida de los justos, y entonemos aquellos himnos de triunfo que, en recuerdo de la victoria de Jesucristo, repetirán todos los siglos, hasta que el Hijo de Dios descienda otra vez para juzgar á los hombres lleno tambien de gloria y magestad.

VERDADERAMENTE RESUCITÓ EL SEÑOR. ALELUYA, ALELUYA, ALELUYA.

LA RESURRECCION.

En polvo y sangre y en sudor bañado
Rígido el cuerpo de Jesús yacía
Bajo la losa que pesada y fria
Encerraba el sepulcro invigilado.

La sombra de la noche aletargado
Al pueblo vil y criminal tenia;
Y el Escriba y Doctor se revolvia
En sueños de venganza conturbado.

Dulces memorias de su bien perdido
Envuelve en lágrimas de amor sincero
La amante Magdalena en su quebranto.

Ocúltase el apóstol abatido:
Tierno suspiro exhala lastimero
La amantísima Virgen, y á su encanto
Del reino del espanto.

Sube de Dios el ánima gloriosa,
Y baña el cuerpo en luz esplendorosa.

M.

A JESUCRISTO CRUCIFICADO.

Todo el mundo alabe, ó Cristo Jesús, tu gloriosa victoria. Alégrense los cielos y la tierra al verte triunfar de la muerte, resucitando de entre los muertos por tu propia virtud.

Testigos son de tu esclarecida victoria, los Angeles del cielo, los guardas aterrados, los difuntos resucitados, el seno de Abraham visitado por tí y consolado; la tierra que tiembla, el sepulcro que queda solo, la losa que no puede oponerse á tu salida, las puertas del cenáculo que no pueden estorbar tu entrada; Pedro que te busca, Magdalena que te llora, Tomás que no cree, los discípulos que te ven comer y te oyen hablar maravillas de tu nuevo reino; la conversion de los judíos, la vocacion de los gentiles, los milagros de los Apóstoles.

Por la humillacion llegaste á la exaltacion, la cruz te elevó al reino, de la muerte pasaste á la vida.

Dada te es toda potestad en cielos y tierra: declarado eres hoy Hijo de Dios; el Padre te autoriza y te exalta con su diestra.

De tu propia voluntad te entregaste á la muerte, y con tu propio poder recobras la vida: tuyo fué el sacrificio, y tuya la victoria.

Crucificado fuiste en la flaqueza de la carne; resucitaste con la fortaleza de Dios.

Por nuestros pecados moriste; para nuestra justificación resucitaste.

Muerto, eres víctima de propiciación; resucitado, fuente de santificación.

Moriste para borrar el pecado; resucitas para interceder por los pecadores.

Tendido fué tu cuerpo en la cruz con afrenta; sale del sepulcro con gloria.

La vida gloriosa absorbió y anadó en tí todo lo que habia de mortalidad.

Cumpliste la palabra de reedificar el templo de tu cuerpo al tercer día.

Con tu resurrección se fortalece la fé de los humildes, crece la esperanza, auméntase la caridad.

Hoy muestras que fuiste ayer, eres y serás Dios inmortal, digno de ser alabado y glorificado por todos los siglos.

En tus manos tienes las llaves de la muerte y del infierno: lo que tu abres, nadie lo cierra; lo que tu cierras, nadie lo abre.

Con gozo ven las ovejas á su buen

pastor, los justos á su modelo, los reos á su abogado, la Iglesia á su cabeza, el mundo á su Salvador.

Tú eres el cimiento de la fé, la fuente de la caridad, el iris de la esperanza.

Sin tu resurrección gloriosa, ¿qué sería de aquella fé? ¿dónde encontraríamos la caridad? ¿qué habríamos de esperar?

La Iglesia nació en tí, se corroboró y fortaleció con tu resurrección, vive y vivirá con tu divina protección.

Tu eres la fuente de agua viva que alimenta nuestras almas, fuente que abrió la lanza en tu divino costado, y tu resurrección trasladó al cielo perpetuamente.

¡Oh si siempre bebiéramos aquellas purísimas aguas!

¡Oh si nunca gustase nuestro paladar las aguas cenagosas del siglo!

¡Oh si nos mirasen benignamente aquellos ojos de donde nace la caridad!

¡Oh si se volviese á nosotros el rostro que derrite el hielo de la humana miseria!

¡Oh si nos transformase en sí el nuevo Adán libre de la corrupción del sepulcro!

Entonces sí, solo entonces habremos resucitado con Jesucristo, y seremos participantes de la gracia de su divina RESURRECCION.



En polvo y sangre y en sudor pasado
fue el cuerpo de Jesús y así
cayó la pesada y fría
Encerrada el sepulcro invigilado.

Á JESÚS

puesto en el sepulcro.

HIMNO.

L

¡Oh Serafines!

¡Oh coro excelso!

Cantad victorias

A Jesús muerto!

Goce mi amado

Triunfos eternos,

Pues destruido

Deja el averno.

De amor herido

Yace mi dueño;

Y amor respira

Gadáver yerto.

II.

Venciste ¡oh muerte!

Por tu desgracia;

Porque ese golpe

Rompió tu espada.

Murió el pecado,

Pues por tu causa

Fué á la inocencia

La muerte dada.

Y murió, oh Padre!

Ya tu venganza,

Pues en el Justo

Quedó saciada.

III.

Junto á tu huesa,

Redentor mio,

Súbite nacen

Rosas y lirios.

¡Oh que alhagüño!

Oh que benigno

Tornas al Padre

De gloria henchido!

Y en el sepulcro

Pálido y frio,

Eres la vida

Del cielo mismo.

Manuel M. de Arjona.

En uno de nuestros anteriores números nos ocupamos ligeramente de los grandes resultados, que en Alcoy produce la predicación de nuestro querido amigo el distinguido orador sagrado Dr. D. Juan Chaumel. Hoy debemos también consignar con mucho gusto, que este señor ha predicado en Boairente el septenario de los Dolores de la Santísima Virgen, y que el espacioso templo de aquella villa no era suficiente á contener el numeroso concurso que frecuentemente asistia á oír la palabra divina, que con tanta elevación de sentimientos, como sencillez de ideas y naturalidad de estilo esplica dicho orador.

El Sr. Chaumel, interpretando perfectamente las precisas frases del inmortal Balmes, *templanza pero valor*, predica sin que por nada ni para nada le paren los tiempos ni le impongan las circunstancias; *dejando en manos de la Providencia las consecuencias que esta manera de obrar puede traer*, como ha dicho uno de nuestros dignos Obispos.

El Sr. Chaumel comprende que la obligación ineludible del sacerdote es colocarse en la brecha y resistir; resistir hoy, resistir mañana y resistir siempre: si vence será noble vencedor, y si es vencido será noble víctima: en este último caso morirá dando ejemplo y... *para el que muere dando ejemplo, no es sepulcro el sepulcro sino templo.*

Felicitemos sinceramente al señor Chaumel y le deseamos mucha

salud para que pueda continuar con el celo de siempre su fructuosa tarea.

Al enérgico mensaje leído por el príncipe de Lichtenstein á nombre de la importante comisión que ha ido á Roma á protestar contra las iniquidades de que es objeto la Santa Sede, contestó Pío IX en los siguientes términos:

«Los sentimientos expresados en el mensaje que acabo de oír mueven mi reconocimiento. En cuanto á las verdades contenidas en dicho documento son duras en cierto modo, pero son verdades.

«Para responder á ellas, tomaré las palabras del primer Vicario de Jesucristo, de San Pedro.

«Dirigiéndose á diferentes ciudades y naciones el príncipe de los Apóstoles, escribía á los fieles del Ponto, á los de Galacia, Bitinia y á los de Asia, y á todos no dirigía sino sólo una carta.

«En este momento vosotros representais ante mí, bajo otras nacionalidades y con otras lenguas, á los fieles á quienes San Pedro se dirigía. También ácojo vuestros votos y como el Apóstol os digo: *Gratia vobis et pax multiplicetur*. Que las gracias embellezcan siempre vuestras almas, y que la paz de Jesucristo sea el tesoro de vuestros corazones. *Gratia et pax multiplicetur*.

«Bien sé, añadia el Apóstol, que esta paz no puede ser duradera y que siempre irá acompañada de luchas y de guerras, como lo fué el divino Maestro, de quien se ha escrito, *Próphetaverunt prophetae passiones Christi et glorias posteriores*.

«De manera que nosotros también debemos esperar, que tras de haber sufrido las tribulaciones y las penas, yo con vosotros, y vosotros y todos los que re-

presentais conmigo, podremos cantar las misericordias de Dios y los *Hosannas* y las glorias de la Iglesia de Jesucristo.

«San Pedro me lo enseña con una fé completa, y la fé de Pedro, lo sabeis, es el mas hermoso rasgo de su carácter. La fé le hizo decir, á Jesucristo que preguntaba la opinion de los hombres: *Tu est Christus filius Dei vivi*, que le hizo merecedor de este titulo de Bienaventurado: *Beatus es Simon Barjona, quia caro et sanguis non revelabit tibi*: Tu eres muy dichoso, porque ni la sangre ni la carne han puesto en tu boca la declaracion de mi divinidad, sino porque mi Padre que está en los cielos te la ha revelado: *non quia caro et sanguis revelavit tibi, sed Pater meus qui in caelis est*.

«Y de aquí viene el orden que ha recibido San Pedro de ser el fundamento de la Iglesia. Sin duda es muy cierto que Jesucristo mismo es el fundamento de la Iglesia y la piedra angular sobre que se levanta este templo magnífico; pero Jesucristo quiso asociarse á su Vicario, y en la union de ambas piedras Pedro el Apóstol ha obtenido una parte de las grandezas de Jesucristo, y ha sido adornado con sus virtudes: *Quae mihi sunt potestate propria, haec tibi sint participatione communia*.

«Sobre esta piedra, pues, está fundada la Iglesia de Jesucristo; y esta Iglesia se eleva, y en su majestad, atravesando las nubes, toca al cielo, donde oye las voces que sin cesar repiten: *Quodcumque solveris super terram erit solutum et in coelis, et quodcumque ligaveris super terram erit ligatum et in coelis*.

«Hé aquí las palabras que han enfurecido al infierno y suscitado las asechanzas pérfidas é ingratas de los hijos del infierno. Estos no han podido oír sin

estremecerse este poder soberano dado por Dios á su Vicario. ¿Y qué ha sucedido? Que se han arrojado contra los fundamentos de la Iglesia.

«Los tiranos la han atacado con el hacha y la rueda, los herejes con la mentira y las falsas doctrinas, los incrédulos con la impiedad, las sectas con todos estos medios á un tiempo. Algunas veces ¡ay! es también combatida la Iglesia por ciertos católicos que creen que, cediendo algún derecho, los extraviados vendrán á nosotros, olvidando así la sentencia de Jesucristo: *Nemo potest duobus dominis servire.*

«En suma; hé aquí lo que se proponen algunos maestros de la sociedad. Quisieran que el Clero fuese educado á su manera; que los Obispos fuesen separados del Papa, y en fin, que todos los Gobiernos resucitasen un cierto papismo y cesarismo bizantino. Y esto jamás se verificará. Porque del mismo modo que el cesarismo bizantino cayó desde luego en el ridículo, y puesto que Dios quiso destruirlo por una mano infiel, del mismo modo puede suceder....

(El Sumo Pontífice no acabó esta frase de amenaza para ciertos poderes enemigos de la Iglesia.)

«Ignoro cuáles sean los consejos de Dios. Pero la experiencia de lo pasado me fortifica y llena de esperanza para el porvenir.»

«¿Qué haremos entretanto? Lo que haceis vosotros. Vuestro proceder y valor me edifican: vosotros sacais de mí valor, y yo cándidamente lo confieso, lo saco de vosotros.

«Vamos, pues, á combatir. Y sobre todo, que entre los directores y pastores de las almas no haya uno solo que, mientras Judas se mueve y agita por todas partes para combatir á Jesucristo y á su Iglesia, pueda merecer la recon-

vencion del Divino Maestro: *Non potuistis una hora vigilare mecum.*

«¡Ah! vigilen, pues, todos, como admirablemente vigila la mayor parte. Que vigilen todos, como centinelas situados en lo alto de las torres, para conocer los movimientos del enemigo para alejarle, combatirle y vencerle.

«Este es el deseo de mi corazón y esta la gracia que pido á Dios Omnipotente.

«Pastor eterno de las almas, haced que los que os representan en la tierra estén siempre animados por el soplo de vuestra gracia y de vuestras inspiraciones. Mantengámonos todos unidos en la batalla, pues la union, sí, la union, vencerá todos los obstáculos y las contrariedades. *Pastor aeterne non deseras gregem tuum, sed per Beatos Apostolos tuos continua protectione custodias.* Proteged, ¡oh Jesús! por medio de los sucesores de vuestros Apóstoles y del Clero, á este rebaño; al rebaño confiado por Dios á vos y á mí, á fin de que, con el auxilio de esta proteccion, podamos rechazar los asaltos de nuestros enemigos y alcanzar la victoria.

«Esperemos que esta union entre los fieles y el Clero, entre el Clero y los Obispos, entre estos y el Sumo Pontífice, forme una compacta falange que nada tema y que domene los adversos furores.

«Dios mio, bendecid nuestras intenciones: bendecid á estos amados que me forman semejante corona de honor; bendecid á sus familias; que al volver á su hogar y á su patria lleven las bendiciones que fortalezcan sus corazones contra los ataques del infierno. Bendecidles en el rápido curso de la vida, y que se acuerden de este dia y de este momento. Bendecidles en la hora de la muerte, para que, entregando el alma

en vuestras manos, les halleis dignos de bendeciros por los siglos de los siglos.

»*Benedictio Dei, etc.*»

El día 8 recibió el Papa á una diputación de la *Union católica italiana* de Florencia, á la que dirigió el siguiente discurso:

«Hé aquí una nueva manifestación que añadís á la que habeis hecho, uniéndoos á los valerosos y excelentes católicos que se me han presentado para dar testimonio de la fé de tantas naciones. A esta primera manifestación, repito, añadís otra, por medio de la cual haceis saber á los enemigos de Dios y de la Iglesia, que no os avergonzais en manera alguna del nombre de cristianos, que quereis ser verdaderos cristianos y marchar para ello por el camino trazado por el mismo Jesucristo.

»¿Cuál fué la conducta de Jesucristo cuando se trató de confesar su divinidad delante de sus enemigos? No vaciló un instante. Se le pregunto: *¿Si tu es filius Dei vivi?* respondió con firmeza: *Ego sum*. Jesucristo sabía lo que le habia de costar esta confesión: sabía lo que le proporcionaba la Cruz y el camino del Calvario, y sin embargo respondió *Ego sum*, sin vacilar un instante, manifestándose tal como era.

»Hizo esto para enseñarnos que el valor es la primera virtud del cristiano en circunstancias semejantes, y para recordarnos que los hombres pueden matar el cuerpo sin alcanzar nada sobre el alma, que pueden arrebatarnos la existencia temporal, pero no comprometer en lo más mínimo nuestra eterna salvación.

»Ciertamente que, como lo pensais,

tengo la intención de aprobar el nuevo testimonio que quereis dar al mundo de vuestro valor y fé, y bendecir la excelente idea que se os ha ocurrido de hacer una peregrinación á Asís.

»Sabeis que ya hubo antiguamente peregrinos que llevaron sobre sus espaldas y al rededor de Jericó el arca santa, así como las trompetas en la boca; sabeis que estos peregrinos obtuvieron de Dios el milagro de ver caer á un tiempo las murallas y las fuerzas de los enemigos, tras ellas amparados. Pues bien; yo os deseo, hijos míos, el mismo triunfo. Podeis, al cumplir vuestra peregrinación, armados de las trompetas de la oración y llevando el arca de la caridad, podeis, digo, tener el consuelo de derrotar el ejército del infierno y libertar la fortaleza de la cristiandad, fortaleza de que os hablaba ayer y de que está escrito, *portæ inferi non prevalebunt*.

»Los votos y bendiciones que hice ayer, los renuevo hoy, expresando una vez más la esperanza de que serán oídos estos votos. Si, si, creedlo, no es sin un motivo digno de su alta Providencia, por lo que Dios obra prodigios de gracia aun en medio de la impiedad y perversidad que, en nuestros días, todo lo dominan. Todo sirve á sus altos designios, aun el impío, aun el criminal, porque El mismo lo ha dicho: es necesario que haya escándalos. El carácter especial de este tiempo es el de haber pocas conversiones, lo que debe encerrar un misterio profundo de la sabiduría divina, el mismo que hizo que el mal ladrón, aun muriendo al lado de Jesucristo, no se sintió tocado y murió impenitente.

»Marchad, pues, hijos míos, y que Dios os asista en vuestra santa peregrinación; que os dé el mismo poder que dió otra vez á los peregrinos de Jericó,

para que caigan las murallas de que el infierno nos ha rodeado.

«*Benedictio Dei, etc.*»

Existen en Italia gran número de círculos y asociaciones que, á semejanza de la *Juventud Católica* de España, reúnen ya bajo ese nombre, ya bajo otros, á toda la noble juventud, que en medio de las tormentas revolucionarias y de los estragos del materialismo, ha conservado su fé y el suficiente valor para proclamarla y defenderla públicamente.

Los jóvenes católicos de Milan han formado con este objeto una sociedad titulada de San Ambrosio, y á ellos ha dirigido el Papa un notabilísimo Breve, que merece fijar la atención de muchas gentes. Este documento, de altísima significación, es como sigue:

«A nuestros queridos hijos el presidente é individuos del Círculo de San Ambrosio en Milan:

PIO PAPA IX.

Queridos hijos, salud y bendición apostólica.

En medio de estos tiempos tan dolorosos para la Iglesia, endulza, en verdad, nuestro dolor el celo de los católicos, que viendo las persecuciones de que es objeto su religion, y el peligro inminente á que se exponen, son movidos á profesar su fé con mayor valor, se dedican con más entusiasmo á arrancar del mal á sus hermanos, se entregan más celosamente á las obras de misericordia, y consideran como su mas preciada gloria el manifestar su estrecha adhesión á Nos, y someterse más humildemente á las enseñanzas de esta cátedra de verdad y de este centro de unidad.

Esta actitud, en efecto, es el signo por el que se reconoce de una manera indudable á los verdaderos hijos de la

Iglesia. Ella constituye esa fuerza inexpugnable de la unidad, única que puede oponerse victoriosamente al furor, á las astucias y á la audacia de sus enemigos. Y esto es justo. Porque quien considere el carácter de la guerra movida contra la Iglesia, comprenderá que todas las maquinaciones del enemigo tienden á destruir la constitucion de la Iglesia, y romper los lazos que unen los pueblos á sus Obispos y estos al Vicario de Jesucristo. En cuanto al Papa, le han despojado de su dominio temporal, para que, sometiéndole á una potencia extranjera, se viese privado de la libertad necesaria para gobernar la familia católica. Por eso le atacan con predilección, pues herido el Pastor, las ovejas serán dispersadas.

Sin embargo, y aunque los hijos del siglo sean más hábiles que los hijos de la luz, sus astucias y violencias tendrían sin duda menos éxito, si un gran número, entre los que llevan el nombre de católicos, no les tendieran una mano amiga.

Sí, ¡ah! no faltan quienes, como para marchar de acuerdo con nuestros amigos, se esfuerzan en establecer una alianza entre la luz y las tinieblas, un acuerdo entre la justicia y la iniquidad, por medio de esas doctrinas que se llaman *católico-liberales*, las cuales fundándose en principios perniciosos, aprueban el poder temporal cuando invade las cosas espirituales, y mueven los espíritus al respeto, ó cuando menos á la tolerancia de las leyes más iníquas, enteramente como si no estuviese escrito que *nadie puede servir á dos señores*.

Ahora bien, estos son más peligrosos y funestos que los enemigos declarados, porque ellos secundan sus esfuerzos sin ser notados, ó aun sin dar su parecer, y porque, manteniéndose, por decirlo así,

en el límite de las doctrinas condenadas, se dan la apariencia de una verdadera probidad y de una doctrina sin tacha, que seduce á los imprudentes amigos de la conciliacion y que engaña á las gentes honradas, las cuales, sin esto, sabrían oponerse firmemente á un error manifiesto. De esta suerte dividen los ánimos, rompen la unidad y debilitan las fuerzas que es preciso reunir para volverlas todas contra el enemigo.

Podreis siempre evitar fácilmente sus emboscadas sino perdeis de vista este consejo divino, *los conoceréis por sus frutos*; si observais que manifiestan desagrado contra cuanto denota una obediencia pronta, entera, absoluta á los decretos y advertencias de esta Santa Sede; que de ella no hablan sino desdeñosamente llamándola curia romana; que califican todos sus actos de imprudentes ó inoportunos; que se proponen aplicar el nombre de jesuitas y ultramontanos á los mas celosos y obedientes hijos de la Iglesia; en fin, que henchidos de orgullo, se consideran más sabios que la Iglesia, á la que está prometido un auxilio divino, especial y eterno.

Vosotros, queridos hijos, acordaos que al Soberano Pontífice, Vicario de Cristo en la tierra, pertenece decidir lo que respeta á la fé, costumbres y al gobierno de la Iglesia, segun lo que Jesucristo ha dicho de si mismo: *Aquel que dispersa no recoge conmigo*. Haced, pues, consistir vuestra sabiduria en una obediencia absoluta y en una libre y constante adhesion á esta cátedra de Pedro. Porque, animados así del mismo espíritu, sereis perfectos en el mismo sentimiento, y en igual pensamiento, y afirmareis esta unidad, que es preciso oponer á los enemigos de la Iglesia. Por ello hareis muy agradables á Dios y

utilisimas al porvenir las obras de caridad que habeis emprendido, y llevareis un verdadero consuelo á nuestra alma, dolorosamente afligida por los males que oprimen la Iglesia.

A este fin, Nos pedimos para vosotros el socorro celestial y los abundantes dones de la gracia del Altísimo. Y como presagio de estas gracias, y como prenda de nuestra paternal benevolencia, Nos os concedemos, amados hijos, del fondo de nuestro corazon la bendicion apostólica.

Dado en Roma en San Pedro á 6 de Marzo de 1873.—PIO IX PAPA.

DISCURSO DE SU SANTIDAD.

El día 23 de Marzo por la mañana se encontraban reunidas en la sala ducal mas de seiscientas señoras, cuya inmensa mayoría pertenecía á la clase del pueblo, representando juntas las parroquias de San Pedro, Sancti Spiritu, Santa Maria de la Traspontina, y Santa Maria de Barnari, con objeto de presentar al Santo Padre el homenaje de su profunda adhesion.

A medio dia se presentó Su Santidad, acompañado de varios Cardenales y Prelados de su corte.

Acogido con vivos aplausos de los asistentes, subió al trono y escuchó el mensaje, que fué leído en nombre del círculo de Santa Marta por el conde Ignacio de Witten.

El Santo Padre se sintió profundamente conmovido, principalmente cuando en el mensaje se espresaba que las señoras hacen juntas cada ocho dias una oracion pidiendo el triunfo de la Religion, el de la Iglesia y el de su venerable Jefe.

Concluida la lectura, el Papa respondió en un discurso que traducimos de la *Voce de la Verità*:

«Acepto con gran consuelo de mi alma vuestro propósito de reuniros ciertos dias, para rogar por la Santa Sede, y poder reflexionar acerca de los intereses de vuestras almas, uniéndoos mas estrechamente con Dios, para obtener la fuerza con que resistir á los males que nos rodean por todas partes.

Sin embargo, antes de daros la bendición, os diré algunas palabras, y comenzaré, segun la costumbre, haciendo como los buenos sacerdotes aquí presentes, la esplicacion del Evangelio, del cual os habeis privado viniendo al Vaticano.

Empezaré por deciros cómo los Apóstoles, encontrándose fatigados, y no teniendo apenas tiempo para descansar por dedicarse á la salvacion de las almas y á la predicacion del Evangelio, fueron á reunirse con Jesucristo, que deseaba que descansasen un momento en un sitio retirado. Que es lo que acontece en la actualidad cuando los Obispos y misioneros vienen á Roma de los diversos puntos del mundo católico, á dar cuenta de sus misiones al actual é indigno Vicario de Jesucristo, encontrando en el Vaticano algunos instantes de reposo.

Si encuentran reposo, consejo y fortaleza, pero no han sido testigos de esos festines abominables y bailes indecorosos y otras escenas del mismo género, cuya relacion he leído estos dias en ciertos periódicos que, llamándose *oficiales*, son las mas veces un arsenal de mentiras y blasfemias.

Sin embargo, á Jesucristo le fué imposible retirarse con sus Apóstoles, pues las turbas, siempre ansiosas de seguirle, olvidaban sus comidas y sus negocios por escuchar su palabra é instruirse siempre mas y mas con la audicion de sus santas doctrinas.

Aquí teneis la razon de por qué avan-

zando el dia, y poniéndose el sol tras de las montañas, Jesucristo, despues de haber pronunciado palabras de vida eterna, tuvo piedad de aquel pueblo que tenia que hacer un largo viaje para regresar á sus hogares, y obró este admirable milagro de la multiplicacion de los panes y los peces.

Este prodigio que, por las manos de Jesucristo y por la de los Apóstoles en quienes operaba su gracia, bastó para saciar un pueblo entero, en términos de que con las sobras de este banquete se pudieron llenar doce canastos.

Seguramente la solicitud y afecto de los nuevos señores del pueblo de Roma, están muy lejos de igualar la solicitud y el afecto del divino Redentor. El consagrándose á los necesitados, los alimentaba y fortalecia, pero éstos se portan de bien distinta manera: ¡Oh! si el Salmista rey hubiese estado en su lugar, con cuanta razon podria decir de estos que se llaman señores: *Devoran mi pueblo como pan*. En lugar de alimentar el pueblo, lo devoran. Lo devoran con el aumento de los impuestos, con la carestia de los viveres, y con otros cien medios mas.

Esto es un gran mal, pero existe otro peor; se quiere tambien devorar el alma del pueblo, quitándole el precioso tesoro de la fé. Ciertamente, ¿á qué fin tiende la multiplicacion de las casas de pecado, por medio de las cuales el fruto de iniquidad entra en ciertos parajes que todo el mundo conoce? ¿Qué otra mision tiene la prensa embustera y blasfema, que ni aun respeta al Divino fundador de nuestra santisima Religion ni á su Santisima Madre? ¿Qué otro objeto pueden tener esas injurias incesantes y groseras, con que se manchan personas inocentes y respetables, únicamente porque visten el traje de sacerdotes?

Porque pregunto: ¿por qué en esta capital del Catolicismo se quiere transformar los dias de penitencia? Y de estos dias favorables, decia el Apóstol, de estos dias de salud espiritual, de estos dias de oracion entre el vestibulo y el altar, ¿por qué han querido hacer dias de bacanal, dias de bailes escandalosos, gritando con el poeta pagano: «Ahora es necesario beber, ahora es necesario abatir con un pié ligero la tierra?»

Todas estas acechanzas toleradas y permitidas, dirán que no tienden á atacar la fé católica, á estiparla de los corazones, y transformar un pueblo católico (sí, eminentemente católico) en un pueblo de libres pensadores. Pero, vive Dios, esto no sucederá. A este fogoso torrente de iniquidad, oponed la oracion, el valor y una confianza en Dios siempre mas ilimitada; confianza que nos merezca alcanzar y obtener el fin de tan grandes males.

Por lo tanto, redoblad la vigilancia en vuestras familias á fin de que el veneno no llegue al corazon de vuestros hijos. En fin, *obrar y sufrir es peculiar á los Romanos*, y yo diré con mas propiedad; *obrar y sufrir es propio de los cristianos*. Debeis hacer lo posible para manteneros fieles á Dios, dispuestos á sufrir todos los tormentos y á llevar con resignacion todas las cruces.

Y aquí permitidme haceros una observacion que no es inútil. Cuando el Divino Salvador subia al Gólgota, los verdugos y pontífices temieron que sucumbiese, pues sus espaldas llagadas por los azotes, su cabeza coronada de espinas y el sudor y la sangre que bañaban su cuerpo, le habian debilitado extraordinariamente.

Así es que desesperaban de verle llegar vivo á la cima de la montaña, y mucho más agoviado como iba por el peso de la Cruz.

Entonces llamaron á un hombre extranjero que por casualidad pasaba por el camino, para que le ayudase á llevar la Cruz.

Desde entonces, queridas hijas, está ciertamente ordenado y establecido por Dios, que todo cristiano que quiera seguir á Jesucristo debe llevar la Cruz: *Qui vult venire post me, tollat Cru-*

cem. Observad cómo en estas circunstancias nuestro Señor no permitió que fuese un hebreo quien le socorriese. Esta nacion estaba ya maldita, y sigue maldita como lo vemos por nuestros propios ojos.

Y si vive, es para mostrarse consagrada al culto del dinero, y la mayor parte de sus miembros se distingue por el deseo de fomentar mentiras é injurias contra el catolicismo, esparciéndolas en hojas impresas por la mayor parte de los paises de Europa.

Jesucristo quiso mas bien ser socorrido por un pagano, dando así una prueba de lo que él habia dicho, á saber: que otras naciones sustituirán á la nacion depravada de los hebreos por conocer y seguir á Jesucristo.

Y como una condicion indispensable para obtener el favor de seguir al divino Salvador era la Cruz, y un pagano el Cirineo que la llevaba, significó de esta manera la conversion de los gentiles. Abracémonos, pues, á esta Cruz, que es un simbolo de penitencia; pero que tambien lo es del triunfo, que esperamos obtener por la mediacion divina.

Dejemos á los ciegos y á los que guian á los ciegos, que griten locamente; que coman y beban; que profanen la Cuaresma; que den escándalo á los buenos; que hagan asunto de befa nuestras solemnidades; que destruyan los conventos, que arrojen fuera del cláustro á las esposas de Jesucristo é insulten á las gentes honradas.

Ellos repiten: *Comamos y bebamos!* Pero dia vendrá en que Jesucristo á su vez repetirá estas terribles palabras que hizo oír al rico avariento: «El rico murió y fué precipitado al infierno.»

En cuanto á vosotras, tened confianza y mirad con los ojos de la fé el brazo de Dios que os bendice; corresponded á las gracias que os concede, llevad la bendicion al seno de vuestras familias; esta bendicion os dará la paz y esperanza de ver el triunfo de la verdad y de la justicia.

Benedictio Dei, etc.